

Los visigodos

Antonio Pereira

La pantalla de la televisión del casino, la última televisión que queda en blanco y negro en toda la diócesis, empezó a llenarse de mujeres. Eran todas iguales, altas y delgadas. Andaban y movían el cuerpo por una de esas pasarelas de la alta costura.

-Lástima que sean tan flacas- y en el casino continuamos con lo nuestro, el culto departir de unos caballeros.

No hay cosa más de hombres que un casino. Casino. Sociedad de hombres que se juntan en una casa, aderezada a sus expensas, para conversar, leer, Jugar y otros esparcimientos (lo dice el Diccionario), y en la que se entra mediante presentación y pago de una cuota de ingreso y otra mensual (lo dice el Diccionario y el Reglamento). La televisión se nota si está apagada y cuando está encendida se olvida, distraídamente echábamos alguna ojeada a las mozas que iban y venían al compás de la música muy baja, al aparato le habían quitado casi toda la voz. Hablábamos de la corte de Tolosa.

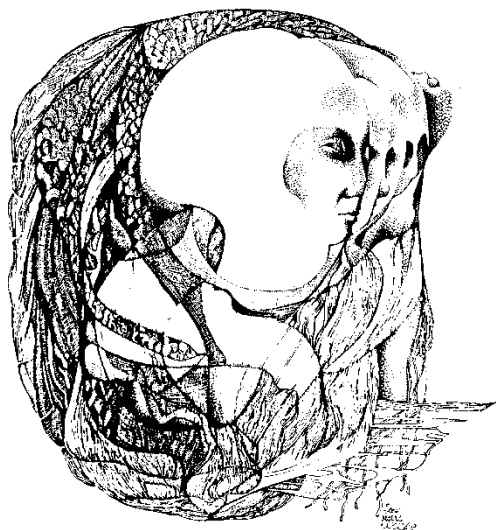
-¡Pero si es el italiano! saltó un socio desde lo profundo de su sillón.

-¡El italiano de Milán, se callen, un poco de silencio! Dejamos nuestras historias y se aumentó el volumen del sonido, se le dio al botón del contraste. Todo fue curiosidad en el salón de tertulias, y era ciertamente el italiano, con su cara y sus gestos, la misma manera de llevarse las manos a la barba muy cuidada, de echar al aire sus largas manos, así durante toda la entrevista que le estaban haciendo en una capital importante. Hasta las uñas se le vieron, que siempre las llevaba como barnizadas. Y aquel estilo suyo de vestir. Lucía en la pantalla una camisola que parecía brillar como si fuera de raso, y cerrada en el cuello con una fíbula. Al personaje lo sacaron en un primer plano y en la fíbula se vio el emblema iniciático.

-¡El emblema de Recesvinto! No podíamos saberlo. Todavía no sabíamos que aquello era sólo el comienzo. Que estaba entendiéndose lo de los visigodos, quién iba a imaginar esta boga de ahora, París, Milán, Barcelona. Y a nuestra ciudad ni se la nombra.

En esta ciudad no hay industrias ni comercio al por mayor. Pero están las crónicas que atestiguan a los visigodos. De los pueblos de alrededor vienen turistas de vez en cuando, pero los de las cuencas mineras, sobre todo, se marchan enfadados o perplejos, porque ellos sólo entienden lo que pueden ver con los ojos y tocar con las manos. Incluso en los locales abiertos a cualquiera, en el café de la plaza, en las tabernas, siempre hay alguien que cuenta de los visigodos. «Estos lugares fueron en tiempos un florón de aquel reino aristócrata y al final cristiano. Una urbe justa donde no había pobres de pedir ni gente humillada. El duque marchaba a hacer sus guerras y la gobernación se la dejaba al abad mitrado».

Aún ahora tenemos abad mitrado. Y que otros se lleven los juzgados de primera instancia o la escuela de minas. '



«Los privilegios del abad de entonces giraban sobre cosas como la sidra, los refrescos y los pozos de hielo para el verano, pero pronto revertían en una sociedad pacífica y agradecida. Con una parte de las tasas se creó un Monte de Piedad. El diezmo del oro conquistado a los suevos sirvió para un sanatorio que ya quisieran los de la Residencia de la Seguridad Social. Los médicos visigodos no se estaban allá dentro esperando. Salían a la calle como ambulancias humanas, en brazos llevaban al hospital al primer paciente que encontraban, que tenían ellos mucho ojo clínico al trabajar casi sin aparatos. San Odimeo era un santo. Después del culto de rito visigótico repartía el compango en unas cazuelas de barro y si veía un caso de mucha necesidad hacía como que se le caía sin querer la cazuela antes de llenarla. Entonces recogían los cachos y le traían una más grande, de las que había para familias numerosas».

Nosotros mismos, los de esta ciudad que vive apegada a su memoria, disfrutamos con oírnos hablar y hablar de estas cosas. Por mucho que las tengamos sabidas.

«Había tiempo para todo. Los pobladores de aquellos siglos tenían sus asambleas, y discutían las Etimologías. Era hermoso el poder conversar con tantos varones ilustres, por ahí viene Conancio de Palencia, aquél será Egila de Osma. Y los largos desfiles procesionales, todo un pueblo y sus magnates con las reliquias de los santos bajo palio y cantando himnos a la clemencia».

Pero es inútil, los domingueros se impacientan porque las palabras no pueden fotografiarse.

Esa vez que vino era diferente. Era un italiano que entendía perfectamente nuestro idioma, aunque hablar lo hacía en el suyo. Hablaba despacio, y se le entendía. Traía un acompañante, pero pronto comprendimos que había que mirar para el italiano de la barba recortada y la pinta extraña, que el otro era sólo una sombra. Los dos hombres tomaron una habitación de matrimonio en el hotel, el italiano le pasaba al otro la mano por la cara pero allá cada cual con sus gustos.

Extrañamos que se quedase más de un pernocte. De Hacienda el italiano no podía ser. A saber si agrónomo o inspector de las viñas, con aquellos blocs en que hacía trazos reservados. Ahora que dependemos de Europa para tantas cosas.

-¿Con ese aire? ¿Y con ese coche descapotable? -Un coche como de hacer el loco en una película.

El italiano resultó saludador y enseguida se soltó con ganas de tratar a la gente. Lo suyo eran los vestidos, joyas, objetos... Dicen que ahora es más importante dibujar la idea de una silla que, hacer la silla. El artista gastaba tarjetas de visita con las letras grabadas en relieve, y decían "Disegno d'Italia". Aquí si alguien nos da su tarjeta hay que ser caballeros y dejarlo entrar en sociedad. Andaba atento a las descripciones, tan detalladas, y él sí había cogido la clave de la ciudad:

«Raconti, signore, racconti» -algo así-, le pedía a cualquier miembro del casino.

La tradición oral del puente, las hipótesis sobre el emplazamiento del alcázar de verano, conceptos sobre una vaga basílica latina donde se votaba para que el báculo pasara de unas manos a otras...

Jamás se extrañó el italiano de que no tengamos ni el menor vestigio de un monumento, ni piedras con inscripciones ni una estela funeraria. Y la fe con que este hombre bajó a la cripta. Incluso allí, en la cripta, se le vio manejar su lápiz de dibujo, esta vez más rápido que nunca.

Hace tiempo, en una de esas largas tardes de lluvia, se conjeturo sobre el pasadizo que lleva a los servicios municipales del agua. Siete peldaños, inciertos por la humedad. Ahora el relator de la cripta, que es cargo obligatorio y por turno, se pone junto a la puerta enrejada que da a las llaves de paso: «La poterna, que sólo se abre los años santos". (Pero si es año santo dirá que en los años bisiestos o de eclipse total). El relator de la cripta explica el tesoro. Con equidad va invitando para que nadie se quede sin columbrarlo allá en el fondo tenebroso, sólo un momento junto a la reja

tupida, «comprendan que todos tienen derecho».

El sancta sanctorum. El corazón escondido de la urbe. Llevamos al forastero, y allí, una vez más, la voz profética avalaba la existencia de las espadas juratorias y las cruces. El pupitre donde se escribió e ilustró el códice memorable. El cofrecillo relicario adornado con ágatas montadas en oro. La lámpara votiva incrustada de piedras preciosas («pero le faltan algunas, la francesada»). Si cuadra, el reservado recipiente de plata que en palacio retiraban cada mañana los casilleros. Y los ornamentos de los ostiarios y el manto purpureo de un príncipe, la silla y el parasol que llevaba el mitrado cuando iba por ahí de cancilla, la rica vajilla con los símbolos enigmáticos de Recesvinto y Chindasvinto o con el anagrama de Cristo. Una vez más al relator se le vio crecerse y en el aire oscuro inventaba con palabras la indumentaria de las damas, la fantasía de los brocados, el estilo de los canesúes, la caída elegante de las túnicas, todo lo más exquisito de nuestra historia y el otro aprovechando cada detalle, tócale los cojones al modisto.

- El modista.

-Trajes de noche visigodos para la gente millonaria, los peinados visigodos, los zapatos de tacón alto visigodo...

-Hasta los relojes visigodos de pulsera, que cualquier cosa visigoda vale una fortuna...

Nos lo había dicho al marchar el italiano de Milán. Que a poco que nos moviéramos, esta ciudad nuestra se ponía las botas a cuenta de los visigodos, igual que otras con los ligures o con Santa Teresa.

(Antonio Pereira, Villafranca del Bierzo -León-, 1923, premio Leopoldo Alas 1967 y premio Fastenrath de la Real Academia Española 1988, es autor de más de veinte libros de poesía y narrativa).